

Georges Bataille

LA LITERATURA  
Y EL MAL

Emily Brontë  
Baudelaire  
Michelet  
Blake  
Sade  
Proust  
Kafka  
Genet

La presente serie de ensayos, unidos bajo una misma sombra, recoge gran parte de los postulados filosóficos y estéticos que rigieron el quehacer creador de Bataille: el exceso, la soberanía, la transgresión, la libertad. Conceptos dispuestos aquí al servicio del desciframiento del lenguaje y de la literatura. De la impotencia de aquél, de la imposibilidad de ésta y de lo irrenunciable de ambas. Gracias a la perversión que la literatura, conforme a sus propias leyes, opera en el lenguaje —que sólo nos hace humanos—, se logra instaurar en su seno una experiencia límite que alumbraba una nueva realidad, revelando así que la auténtica medida del hombre es la búsqueda de lo absoluto. El carácter rebelde de la literatura, su condición demoníaca, arrojan dudas acerca de si estamos a igual distancia del bien que del mal, y parece aproximarnos de manera implacable hacia este último.

«Hoy ya lo sabemos: Bataille es uno de los escritores más importantes del siglo. *La Histoire de L'oeil*, *Madame Edwarda*, han roto el hilo del relato para contar lo que nunca había sido contado; la *Somme athéologique* ha hecho entrar el pensamiento en el juego —en ese juego arriesgado— de lo extremo, de la culminación, de la transgresión; *L'Erotisme* nos ha dado un Sade más próximo y más difícil. Debemos a Bataille gran parte del momento en el que nos encontramos; y mucho de lo que queda por hacer, decir y pensar, le es debido sin duda, y lo será durante mucho tiempo. Su obra crecerá sin cesar».

Michel FOUCAULT

En 1943, Jean-Paul Sartre anunciaba a Georges Bataille como «un nuevo místico». Acababa de ser publicado entonces el primer libro de este extraño escritor firmado con su propio nombre, *L'expérience intérieure*; pero, pese a ello, Bataille llevaba trabajando más de veinte años, casi en el más absoluto silencio. Ediciones anónimas, firmadas con seudónimo, o bien limitadas y cuidadosamente restringidas habían ido recogiendo sus obras, mientras que el resto se dispersaba en su labor de articulista y documentalista. La celebérrima *Histoire de l'oeil*, apareció en 1928, bajo el seudónimo de «Lord Auch»; *L'anus solaire* circuló en 1931 en unos pocos ejemplares; *Madame Edwarda* se publicó en 1937 bajo el nombre de «Fierre Angélique». El verdadero autor, que permanecía en la sombra, Georges Bataille, había nacido en 1897, en Billom, en el Puy-de-Dôme. Alumno de la escuela de Documentalistas, trabajó toda su vida como archivero y bibliotecario, en Orleans y París finalmente, elaborando silenciosamente una obra que tardaría en ser conocida, en llegar al gran público.

Toda la obra de Bataille es una larga confesión, una meditación universal; y sin embargo, su persona, el sujeto de esta meditación, sigue siendo en gran parte un misterio. Se sabe que trabajó en su profesión con celo ejemplar. Empleado en la Biblioteca Nacional, y en el Gabinete de Medallas, colaboró durante algún tiempo en la revista de numismática *Arethusa*. Seducido por la etnología y la antropología, dirigió las revistas *Documents* y *Acéphale*, y colaboró asimismo en *La Critique sociale*. Se sometió a una cura psiquiátrica en los altos 1926-1927; participó en las actividades surrealistas, hasta su polémica con André Breton en

1930; Bataille acusaba de «idealismo» a Breton, quien por su parte respondió rechazando el «bajo materialismo» de su adversario. Colaboró con los comunistas, animó el grupo «Contre-attaque» durante el Frente Popular. En 1933 se ve obligado a cesar de trabajar por motivos de salud, experimentando por aquellos años una serie de fenómenos de tipo místico que le llevarían a la redacción de *L'expérience intérieure*.

En vísperas de la guerra fundó un «Colegio de Sociología», con Roger Caillois y Michel Leiris, y una sociedad secreta que funcionaba en torno a la revista *Acéphale*. En 1938 pierde a «Laura», la mujer que compartía su vida y cuyos escritos póstumos publicaría en colaboración con Leiris. De 1937 a 1940 su firma aparece en numerosas revistas literarias, artísticas y científicas. Viajero por España en varias ocasiones, fundó después de la guerra la que sigue siendo una de las mejores revistas literarias de Francia, *Critique*, que aparece hoy bajo la dirección de Jean Piel. Hasta su muerte, en 1962, la progresiva aparición de sus libros le concede una fama arriesgada y escandalosa. Lentamente, se va levantando el velo que cubría una obra extraña, conocida por pequeños círculos de amigos, y que sin embargo va desplegando un abanico espectacular: novelas eróticas, como las citadas *Histoire de l'oeil*, *Madame Edwarda*, *L'abbé C.*, *Le bleu du ciel*, *Le petit*, *Le mort*, *Ma mere*; libros de poesía, como *L'archangélique*, *Haine de la poésie*; ensayos literarios, como *La literatura y el mal*; históricos, como *Le procès de Gilles de Rais*; económicos, como *la notion de consommation* y *La part maudite*; filosóficos, como *L'érotisme*, *L'expérience intérieure*, *Le coupable* y *Sur Nietzsche* (estos tres últimos volúmenes forman la *Somme athéologique*); o finalmente estéticos, como *Les larmes d'Eros*, *L'homme de Lascaux*, y *Manet*. Todo ello forma un conjunto inabarcable, inclasificable, que rechaza cualquier intento metodológico de sistematización tradicional.

Sus obras se traducen al inglés, al alemán, italiano, español, japonés. Escritores y críticos como Sartre, Maurice Blanchot, Margueritte Duras, Sollers, Barthes, Derrida, Klossowski, Caillois, Limbour, Nadeau se han acercado a su obra intentando penetrar su último sentido. Las revistas *Critique* y *L'Arc* le han dedicado sendos números monográficos de homenaje. Y el año pasado, con una presentación de Michel Foucault, la editorial Gallimard ha iniciado la publicación de sus obras completas, que reunirán diez gruesos volúmenes de más de seiscientas páginas cada uno, de los que han aparecido hasta hoy solamente dos, que recogen todos sus escritos hasta 1942.

A mi modo de ver, es absolutamente imposible, hoy por hoy, trazar una síntesis del pensamiento de Georges Bataille. Ya en 1943, el propio Jean Paul Sartre se equivocaría paladinamente al hablar de este escritor como de un místico metafísico. Bien es verdad que en aquel entonces se carecía de los necesarios elementos de juicio para enfrentarse a una obra tan dispersa como compleja. Todos los intentos de síntesis que conozco han fracasado, y sólo algunos estudios parciales resultan convincentes, como los de Roland Barthes, Maurice Blanchot y Jacques Derrida. Y, desde luego, hasta que no se complete la publicación de sus obras, todo juicio crítico deberá ser provisional. Debemos limitarnos, por tanto, a estudios parciales, a detectar motivaciones y describir mecanismos, a la espera de que una vez reunidos todos los textos, alguien pueda clarificar este universo apremiante y huidizo.

Porque además, los móviles que impulsan al escritor Bataille son los últimos móviles del hombre: la muerte, el erotismo y la idea de trascendencia. Estos tres elementos se conjugan para demostrar la imposibilidad del pensamiento, de la literatura, y su imperiosa necesidad a la vez. La obra de Bataille es una meditación sobre lo imposible, que se convierte al mismo tiempo en una meditación imposible. La idea de Dios se convierte en la de su ausencia, el misticis-

mo arraiga en la materia, y el concepto de libertad se identifica con el de transgresión. De esta manera, la poesía nace del «odio de la poesía», el erotismo de la imposibilidad de comunicación, la economía de la noción de consumo, que desemboca en la de exceso; el mal y el bien se identifican en la última exasperación, son los dos elementos irreconciliables y perfectamente inseparables de la naturaleza humana, de la literatura por tanto —esto se ve con claridad en este mismo libro, la literatura y el mal— y la filosofía, o el pensamiento, se niegan al producirse.

Por ello mismo, lo que sorprende inicialmente en la obra de Bataille es su estilo. Un estilo fragmentario —pero desde Nietzsche este método de expresión ha sido ya consagrado— perfectamente claro y diáfano, exaltado por sus contenido y sereno en la expresión, que procede a saltos, a ráfagas, como los latidos de un corazón, Bataille ha abordado como hemos visto varios géneros literarios, pero entrecruzándolos, efectuando una simbiosis amenazadora. En el mismo libro, se trate de una novela, de una obra poética, de un ensayo filosófico o económico, está presente todo el escritor, el poeta y el economista, y el místico y el erotólogo. Y esto sucede no sólo en un mismo libro, sino, si se apura, hasta en una sola frase también. Un estilo que constriñe, que angustia y repugna al lector, sin dejar de atraerlo inexorablemente.

Y, sin embargo, este fragmentarismo, este desorden vital, posee un hilo conductor implacable, responde a una unidad esencial, a la concepción del mundo del escritor: de este visionario, obsesionado por el erotismo y la religión, por la muerte y la libertad, que escribe como un místico y actúa como un materialista; de este bibliotecario alucinado por la imagen de una corrida de toros —por la muerte de Granero, en la plaza de Madrid, cuando el toro le alcanzó en un ojo, hecho que Bataille presencié y describió con helada pasión ritual en su *Histoire de L'oeil*— o por las fotografías de espantosos tormentos chinos, o por las imágenes

de medallas antiguas, o por las figuras del marqués de Sade y Gilles de Rais, el ex mariscal de Juana de Arco. Georges Bataille intentó abarcar lo inabarcable, escribió para expresar la impotencia de la escritura, e inmoló su obra en esta imposibilidad. Por ello, su literatura nace de esta imposibilidad de la literatura, su estilo surge del desprecio al estilo, tan claro, preciso y puro, sin embargo, su erotismo del dolor y la transgresión, y su misticismo del más desolado materialismo. Si el misticismo es urea fe, también es una escritura, y en esta escritura, en este modo textual, ancla Bataille su expresión literaria.

Desde luego, no se trata de filosofía en un sentido tradicional, de orden, de sistema, de meditación organizada. Bataille rompe con la autoridad de la filosofía, del pensamiento, se siente «culpable», tras su «experiencia interior», y expresa la autoexpiación de su propia soberanía. Fuera de la religión y de la filosofía, es un pensamiento que perpetuamente se acerca y es expulsado del pensamiento, es un éxtasis que aspira a la claridad, es una revelación del vacío. En Bataille se reúnen tres herencias explícitas: el marxismo, el surrealismo y el existencialismo. No se olvide que se trata, además, de un científico, que intenta penetrar en Freud, en Marx, en Sade. El resultado es un magma vivo, que rechaza un acercamiento tradicional. Pese a su claridad, un libro de Bataille es siempre algo enojoso, que repele al lector y le sugestiona. Se trata simplemente de que el autor, en su propia condena, arrastra también a sus lectores en esta ceremonia total de expiación.

«Este juego insensato de escribir», exclamaba Mallarmé, el olímpico amenazado. «Escribir es una cochinidad», expresaba al final de sus días el alucinado Artaud. Bataille es más sereno, y se limita a expresar su imposibilidad, su culpabilidad por tanto. Culpable de pensar, ya que el pensamiento es insuficiente. Y, por ello, su soberanía de escritor es su propia condena. Es desde luego, una escritura negativa, del mismo modo que se trata de un misticismo al revés, de



un testimonio de la autoaniquilación. Como dice Jacques Bersani, en *La littérature en France depuis 1945*: «Bataille no espera su salvación de las palabras: le fascinan y le exasperan al mismo tiempo. Pero sabe que el lenguaje es nuestra única oportunidad, aun tramposa, de comunicar, el único medio que nos queda, aunque ilusorio, de volver de recuperarnos en medio de lo que nos despoja». Bataille escribirá contra la escritura, en una búsqueda de la vida que es «afirmación alegre de la muerte» (Derrida), un derroche — exceso — de texto (un texto «plural», según Blanchot) que de fragmento en fragmento se anula a si mismo.

Este juego mortal —insensato— no es más que un intento sereno y desesperado al mismo tiempo de verificar la unión de los contrarios: la idea de Dios con la de su ausencia; la dialéctica económica con la idea de consumo excesivo, de gasto improductivo; la pureza de un estilo destinado a describir la máxima impureza; el erotismo como afirmación de la vida que sólo se cumple y culmina en el dolor, en la afirmación de la muerte; en resumen, el fracaso de la literatura por medio del ejercicio implacable de la literatura. Por ello se trata de un juego mortal: porque es imposible, y ha dejado por tanto de ser un juego. Es un testimonio personal, cuya grandeza dimana de su autenticidad y de su poder poético, y su inspiración de la combinatoria libertad-exceso, que desemboca en la nada.

Henri Ronse, en su presentación del número especial de la revista *L'Arc*, dedicado a Bataille, expone el «triple gesto de transgresión», que determina la literatura de Georges Bataille. Esta triple transgresión no es más que un encadenamiento de excesos: la vida es traspasada por el pensamiento, el pensamiento por la escritura y la escritura por el texto. Si la obra de Bataille nace de un testimonio personal, nada sería más inexacto que leerla como un destino personal. El pensamiento, pese a su origen, transgrede la vida personal, y se convierte en pensamiento impersonal, desnudo «en el anonimato del dolor, la risa, el deseo, el cuer-

po y la escritura». Jacques Derrida ha mostrado también cómo esta «experiencia interior», se objetiva deja de ser una «experiencia», pues no hace referencia a ninguna plenitud, a ninguna presencia, sino a la imposibilidad; y deja de ser también «interior» porque se despoja, se vierte hacia afuera, al reinado de la materia.

La escritura, al mismo tiempo, traspasa el pensamiento que pretende expresar, efectúa la segunda transgresión, lo excede, lo dramatiza también, lo afirma y lo sacrifica al mismo tiempo, en una alternancia sucesiva y permanente. Y, por último, la culpabilidad de Bataille le lleva a exceder su escritura y por tanto los anteriores excesos de la vida y el pensamiento mediante el texto: «El único medio de pagar la falta de escribir —decía el propio escritor— es aniquilar lo que se escribe». Esto sólo puede ser hecho por el autor, para que esta destrucción deje intacto lo esencial, pues «puedo ligar tan estrechamente la negación a la afirmación que mi pluma desaparezca a medida que avanza».

Esta es, con las lagunas inevitables en el estado actual de la cuestión, la escritura de Georges Bataille. El escritor determina que la única oportunidad de esta escritura sea la ejecución del autor por su obra. Y no se olvide, por último, que escribir es precisamente buscar esa última oportunidad. Por eso, como dice Blanchot al hablar de *Madame Edwarda*, el libro más incongruente puede ser el más hermoso, el escándalo puede estar ligado a la ternura. Este es el secreto de esta escritura imposible y mártir.

La literatura y el mal es, según creo, el único libro de Bataille publicado en España. La primera edición de este libro fue realizada por TAURUS EDICIONES en 1959, dos años después de la edición francesa. Aquel mismo año adquirí este libro, que me produjo una impresión singular, tanto por su tema como por el examen de una serie de escritores poco frecuentes en España en los años cincuenta, como Genet y Sade. Indudablemente este libro es una buena introducción a la obra de Bataille, tal vez la que puede con-

ceder más elementos de juicio. Comenzar por la poesía sería entrar en el fondo repentinamente, con riesgo de confusión mental; empezar por los relatos eróticos supondría introducir elementos que por su cercanía obstaculizarían una visión más amplia: la *Somme athéologique* puede ser una entrada más central, pero también más problemática, pues ya hemos dicho que personalizaría en exceso una obra que tiende a lo impersonal; los escritos sobre arte, erotismo o economía expondrían también puntos neurálgicos, pero complementarios. En este pequeño libro se hallan los dos polos más accesibles: el real y la literatura; al mismo tiempo, se trata de un examen de otros escritores, lo que rinde más fácil la penetración. Pero también se corre un riesgo que es preciso evitar a toda costa. La de rendir excesivo homenaje a los examinados, en detrimento del examinador.

Todo lo contrario: Frente a las grandes figuras interpretadas, en este libro se trata ante todo de una interpretación. Es una obra de Georges Bataille, en la que este autor dialoga con otros escritores, descubre en ellos sus obsesiones, las demostraciones de su propia obra, y se explica a su través. Es la demostración, basada en nombres ilustres y amenazadores, el argumento de Bataille, que el propio intérprete explicita en sus palabras preliminares: «Al fin, la literatura tenía que declararse culpable». De esto hemos venido hablando hasta ahora.

Ocho nombres ha elegido Bataille para su meditación sobre el mal y la literatura: más exactamente, sobre la necesaria presencia del mal en una literatura que es culpable. Se trata de Emily Brontë, Baudelaire, Michelet, William Blake, Sade, Proust, Kafka y Genet. A ellos debiera haberse unido, según declara el autor, el nombre de Lautréamont. Tal vez, como dice Bataille, hubiera sido superfluo, pues el conjunto ya está logrado. Lo que sucede es que lo lamento como lector, pues el problema de las relaciones entre literatura y mal es nuclear en *Los Cantos de Maldoror*. Y por otra parte, la contraposición entre esta obra y las Poesías de Lautréa-

mont sería clarificadora, para mostrar la alternancia de imposible y posible, de transgresión y norma, de libertad y realidad. Las Poesías niegan a los Cantos de la misma manera que el teatro de Sade niega a su obra maldita. Pero este tema nos llevaría muy lejos. El hecho es que Bataille ha recogido aquí varios ensayos, cuya unidad deriva de su enfoque, de la concepción del mundo de su autor, a pesar de haber sido escritos en épocas diferentes, y sin el planteamiento previo de una unidad, que, sin embargo, resplandece de modo concluyente.

Pero ¿qué ha obsesionado a Bataille en estos nombres? Cada uno de ellos ilustra un aspecto del funcionamiento del mal en el arte literario, ese mal que niega y afirma el bien, predicado tradicional del arte. Tal vez Lautréamont ilustrara mejor esa unidad pretendida por Bataille. Pero basta con la lista seleccionada, donde cada uno de los nombres propuestos plantea una interrogación amenazadora. ¿Cómo una mujer de la vida tan nimia en apariencia, tan poco dramatizada como Emily Brontë supo describir con tanta fuerza la potencia del mal en el personaje de Heathcliff? Cumbres Borrascosas es una obra maestra, esto ya lo sabíamos. Pero ¿cómo pudo intuir su autora el abismo que describía? La «muerte necesaria» es la culminación del erotismo de la autora, que no por velado, por previctoriano, deja de ser menos insondable.

Baudelaire, por el contrario, representa el «odio de la poesía», que el propio Bataille sentía inexorablemente. En la fundación de la poesía contemporánea está la revelación de su propio fracaso, de su imposibilidad. Entre otras cosas, hay que señalar que esta «imposibilidad» reviste todas las formas. Hasta 1949 no pudieron circular en Francia, por decisión judicial, las versiones completas de Las flores del mal. Jules Michelet se inscribe en el catálogo no solamente por sus descripciones de la magia —y de la represión de la magia— sino también como testigo del mal en el interior de la historia. Michelet describe ritos «al revés», expone lo

contrario, y los encierra en la historia, en su debido lugar. La historia daba horror al historiador, y de ahí también su grandeza y su fracaso.

El nombre de William Blake no requiere mayores explicaciones. Sólo la cita de uno de sus títulos —El matrimonio del cielo y el infierno— concede las necesarias explicaciones. Pero también fue un visionario, que testimonió la imposible soberanía de la poesía, su autoridad «que se expía», como la del propio Bataille, según la célebre frase de Blanchot que está en el origen de *L'expérience intérieure*. Sade ya es un mundo aparte; es uno de los temas preferidos de Georges Bataille, su más directo precursor. Los temas del marqués y su sucesor suelen ser similares; Sade es más «realista» que Bataille, más circunstancial también, pero sus estilos se aproximan de modo alucinante. También es verdad que «el divino marqués» llevó más al extremo su rebelión, pero, a su vez, Bataille se negó al mismo tiempo de manera más explícita. El lenguaje de Sade está connotado por la escritura de su siglo —dice Barthes— mientras que el de Bataille tiende al texto la abstracción. Sade anuncia el final de la conciencia, y Bataille intenta ir más allá; su diálogo es una ilustración aterradora. Al final, se trata de perseguir el exceso, de romper los límites, buscar la coincidencia entre sujeto y objeto, esa forma de aspiración del absoluto que se resuelve en la imposibilidad, esto es, en su propia condena.

Proust, Kafka y Genet están ya más cerca de nosotros. Su mundo, al fin y al cabo, parece el nuestro, con sus pesadillas y tormentos. Proust expresa para Bataille la sutil introducción de los contrarios —ya sea el socialismo a la transgresión en la moral— y también la necesidad de negar el amor para expresarlo. Una reciente obra de Gilles Deleuze, *Proust et les signes*, va todavía más allá en su exposición del concepto de amor como negación, en Proust, de la autodestrucción impasible, que tan aguda y lúcidamente anuncia Bataille en su interpretación. Por otra parte, Kafka

obsesiona a Bataille no solamente por su «fenomenología de lo impasible» sino por su ejemplar desnudez, por haber rechazado todos los derechos. Y el caso de Genet es todavía más ilustrativo; porque ha testimoniado el fracaso de la literatura, la necesidad de la rebelión, de la negación, pero hasta extremos que Bataille no podía saber cuando escribió estas líneas: harta el silencio. Hoy, Genet, al parecer, ha renunciado hasta a la literatura.

Ocho nombres; ocho testimonios del mal, por medio de la literatura; pero la progresión se hace más inexorable, va de fuera a dentro, ya no se trata de describir las manifestaciones del mal, sino que este mismo mal se ha introducido en la esencia del arte. Lo niega y lo afirma al mismo tiempo, en una alternancia fundamental. Y todavía podría añadirse un último nombre a la lista, el del mismo intérprete, místico a pesar suyo, obsesionado por la muerte en su deseo de afirmar la vida, revolucionario y poeta al mismo tiempo: el nombre de Georges Bataille.

Rafael CONTE  
París, marzo, 1971

## PREFACIO

La generación a la que pertenezco es tumultuosa.

Nació a la vida literaria en los tumultos del surrealismo. En los años que siguieron a la primera guerra mundial existió un sentimiento desbordante. La literatura se ahogaba en sus límites. Parecía que contenía en sí una revolución.

Estos estudios, cuya coherencia se me impone, los compuso un hombre de edad madura.

Pero su sentido profundo se vincula con el tumulto de su juventud y son en realidad su eco ensordecido.

Para mí, resulta significativo que se publicaran en parte (por lo menos en su primera versión) en Critique, esa revista que logró crédito gracias a su seriedad.

Pero debo advertir aquí que si en algunos casos he tenido que volver a escribirlos, se ha debido a que, al persistir los tumultos en mi espíritu, al principio sólo había podido dar a mis ideas una expresión confusa. El tumulto es fundamental; es el sentido de este libro. Pero es tiempo ya de alcanzar la claridad de la consciencia.

Es tiempo... A veces incluso puede parecer que el tiempo falta. Por lo menos el tiempo apremia. Estos estudios responden al esfuerzo que he venido realizando para desentrañar el sentido de la literatura... La literatura es lo esencial o no es nada. El Mal —una forma aguda del Mal— que la literatura expresa, posee para nosotros, por lo menos así lo pienso yo, un valor soberano. Pero esta concepción no supone la ausencia de moral, sino que en realidad exige una «hipermoral».